



FACULTAD DE TEOLOGÍA  
SAN VICENTE FERRER

# ANAALES VALENTINOS

**REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA**  
**Nueva Serie 2020 Año VII/Núm. 13**

## ÍNDICE

Santiago Madrigal	
<b>Sinodalidad en la iglesia actual</b> .....	1
Miguel Navarro Sorní	
<b>Sínodos valencianos: ¿qué han pretendido los sínodos diocesanos?</b> ...	21
J. Santiago Pons Doménech	
<b>Sentido del Sínodo diocesano de Valencia 2020</b> .....	65
José Vidal Taléns	
<b>La pregunta por la esencia del cristianismo en el contexto evangelizador actual</b> .....	83
Juan José Garrido Zaragoza	
<b>Del malestar de la Iglesia. Una meditación</b> .....	121
J. Santiago Pons Doménech	
<b>Sobre la activación de las parroquias en confinamiento</b> .....	135
F.T.	
<b>Covid-19. Donde abundaron los sufrimientos, sobreabundó la esperanza. Algunas reflexiones desde la fe y la teología</b> .....	149
Juan José Garrido Zaragoza	
<b>Del inteligir-sentiente al conocimiento de la realidad. La posibilidad del saber metafísico en Xavier Zubiri</b> .....	165
Vicente Cárcel Ortí	
<b>Destrucción del patrimonio histórico-artístico en la Valencia republicana de 1936</b> .....	217
Alfonso Esponera Cerdán, o.p.	
<b>Estilo, advertencias, prácticas y costumbres en la España del XVIII</b> .....	245
Enrique Orquín Fayos	
<b>Una preparación al matrimonio centrada en conocer y vivir su belleza</b> .....	279
<b>Recensiones</b> .....	307
<b>Publicaciones Recibidas</b> .....	325

## RECENSIONES

### ESPIRITUALIDAD

CEBALLOS ATIENZA, A., *Evangelizadores con Espíritu. Invitación al “modelo de vida apostólica”. Ejercicios espirituales y nueva evangelización*, PPC, Madrid 2020, 349 págs.

Cada libro se refleja en su portada. A veces, el mismo título es el imán que atrae a su lectura e, incluso, puede convertirse en el mejor colofón que resume sus enseñanzas. Estamos ante una obra que tiene un título programático: *Evangelizadores con Espíritu*. Y dos subtítulos en cascada: *Invitación al “modelo de vida apostólica”. Ejercicios Espirituales y Nueva Evangelización*.

La amplitud del título y subtítulos, que signan la entera portada, no defrauda en la lectura de sus más de trescientas páginas interiores. El eje orientador de estas reflexiones, quizás mejor llamarlas meditaciones, porque su manantial primero es la oración, queda apuntado en el título principal del volumen: *Evangelizadores con Espíritu*. Con hondo sabor paulino, se recoge en la sencillez de estas tres palabras el programa pastoral de la iglesia postconciliar, sintetizado en la nueva evangelización. Quien escribe estas páginas y quien las lee, se sitúan en las coordenadas que enmarcan lo que denominamos “nueva evangelización”. Las enseñanzas de *Evangelii gaudium*, el sueño pastoral del papa Francisco, permean estas páginas, que toman vida pasando de la quietud de la escritura al impulso misionero alentado por la pujanza de Pentecostés. El título de esta publicación es una firme declaración de principios: para la tarea evangelizadora de siempre, pero de modo especial para evangelizar el mundo actual, no se requieren unos evangelizadores cualesquiera. Es preciso y urgente contar con evangelizadores con Espíritu. Esta demanda se refrenda con la imagen gráfica de la portada: el Espíritu, impulsado por la mano del Hijo, derrama sus dones como lenguas de fuego.

Nuestros ojos se desvían hacia el primer subtítulo: *Invitación al modelo de vida apostólica*. Esta exhortación, de corte agudamente paulino, nos trae a la memoria la honda reflexión sobre el sacerdocio y su espiritualidad, promovida por la renovación conciliar, guiada por *Presbyterorum ordinis* y actualizada por *Pastores dabo vobis*, en cuya recepción beben estas páginas, sacando a flote la rica reflexión promovida en España por la Conferencia Episcopal y, más con-

cretamente, capitaneada por su Comisión Episcopal del Clero. Estas páginas brotan, como un manantial de primavera, de las aguas serenas de unos encuentros sacerdotales, sumamente queridos y potenciados por el episcopado de la época, que dieron vigor y contenido a dos benéficas iniciativas: el *Simposio sobre la espiritualidad del presbítero diocesano* (1987) y el *Congreso de espiritualidad sacerdotal* (1989); y entre sus líneas, bulle la vida de unos luminosos documentos, cargados de frescura conciliar: *Sacerdotes para evangelizar* (1987) y *Sacerdotes día a día* (1995); *La formación humana de los sacerdotes según Pastores dabo vobis* (1994), *La formación espiritual de los sacerdotes según Pastores dabo vobis* (1995), *La formación intelectual de los sacerdotes según Pastores dabo vobis* (1996), *La formación pastoral de los sacerdotes según Pastores dabo vobis* (1998). Todas esas fuentes se encuentran en la raíz de esta obra, que no siendo un ejercicio académico, no merma en su fulgor por la ausencia de un aparato crítico. Eludir el recurso a las notas de pie de página no es tampoco falta de rigor científico por parte del autor, ni se puede reputar como un desdén hacia el estudio. Es más bien un concentrarse en lo fundamental de forma voluntaria, para que fluya con más alegría la rica vida en la que se traduce toda sana teología, que descuella del silencio orante, meditativo y pausado ante el sagrario.

La riqueza de la reflexión sobre la identidad del sacerdote y su espiritualidad; la incidencia de una espiritualidad propia, no excluyente, del sacerdote diocesano; el reclamo de una fraternidad presbiteral que recupere el modelo de vida apostólico, la *apostolica vivendi forma*; la riqueza nutricia de la caridad pastoral que alimenta el ministerio del pastor y a la vez le informa para conseguir una unidad de vida que le ayude a progresar en la santidad... Son temas cargados de teología, que recogen las vivencias del autor y vertebran el discurso. Una indicación precisa, a modo de invitación: “Volver al cenáculo” es un reclamo que los evangelizadores con Espíritu sienten como punto de partida y meta de llegada, en su vida y ministerio como pastores tras las huellas del Buen Pastor.

El segundo subtítulo: *Ejercicios espirituales y nueva evangelización*, logra su fuerza en la preposición ilativa que unce los dos enunciados: el retrato del “discípulo misionero”, que nos ha trazado el Sucesor de Pedro, adquiere visibilidad en este enunciado. Solo quien es discípulo, quien se ha ejercitado en la escuela del Maestro, quien “ha estado con Él”, con el hondo sabor de la teología del evangelio de Juan, puede luego salir a “hablar de Él”, esto es, a misionar. La nueva evangelización necesita de una mística, que brota del trato asiduo con el Maestro: ejercitarse en la intimidad con Él, nos adiestra para salir en su nombre a llevar la alegría del Evangelio. Este subtítulo es también una llamada paternal y fraterna que recuerda a los pastores la necesidad imperiosa que han de tener de buscar tiempos de retiro, de silencio y soledad sonora, para no sucumbir en medio de las prisas y urgencias del ministerio. La mayoría de estas páginas, las ha fraguado el autor en la repetición insistente de múltiples tandas de Ejercicios

Espirituales, en la familiaridad de innumerables pláticas al clero, en horas de escucha y coloquio con sacerdotes y seminaristas. Todas esas facetas son eco de la confianza fraterna, de la ausencia de malsano protagonismo, del taller de la oración y del cultivo de la *lectio divina*: la antesala en la que el Espíritu aquilata los corazones de los discípulos misioneros y los reviste de *parresia* evangélica.

Al abrir el libro, el editor, Alfonso Crespo Hidalgo, extraordinario sacerdote malacitano, nos explica la estructura interna del mismo: “Esta selección de textos, se articula en dos partes, diferenciadas y a la vez complementarias. En la primera, más extensa, titulada: *Apuntes para unos Ejercicios Espirituales*, se presenta un guión desarrollado para un tiempo largo de retiro, de hondo sabor ignaciano y a la vez de profunda sabiduría sacerdotal. Esta parte se ha articulado en tres momentos, como una sinfonía de miradas: *mirarme desde Cristo, mirar a Cristo, mirar a los hermanos desde Cristo*. La reflexión nos va acompañando, con libertad, por las distintas semanas de los Ejercicios ignacianos, invitándonos a la contemplación y al discernimiento, hasta alcanzar el objetivo final de los Ejercicios: una verdadera conversión. En la segunda, bajo el título: *Sugerencias para una espiritualidad de la nueva evangelización*, se sistematizan múltiples sugerencias en torno a la coordinada pastoral que orienta los trabajos de la Iglesia universal, y de cada diócesis, bajo el impulso del magisterio de los últimos pontífices y más recientemente bajo el aliento pastoral diseñado por el papa Francisco en su exhortación programática *Evangelii gaudium*: la urgencia de una nueva evangelización, impulsada por un renovado ardor paulino que nos hace gritar, uniendo nuestras voces a la del apóstol: *¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!* (1Cor 9,16)” (p. 9). La funcionalidad de este libro radica en que no exige una lectura continuada y rápida. Es un libro de meditación y oración.

La primera parte: *Apuntes para unos Ejercicios Espirituales*, es una invitación ardiente a adentrarnos en la revisión de la propia alma, a ejercitarnos espiritualmente, y con este libro lo podemos hacer en la misma vida ordinaria, sin la exclusividad de un tiempo preciso. El seguimiento de sus lecciones de espiritualidad, fraccionadas en tres miradas, puede acordar nuestro tiempo a las semanas ignacianas, más allá de la esclavitud del calendario.

La mirada inicial: “Mirarme desde Cristo. Principio y Fundamento”, orienta la vista hacia mi interior, contemplándome con los mismos ojos de Cristo. Son una serie de seis meditaciones concatenadas. La mirada se despierta en la oración: invitándonos a “descalzarnos ante el Señor”, como Moisés (cf. Ex 3,5); surge la invocación con la belleza del Salmo 138: “Señor, tú me sondeas y me conoces”; continúa con un grito, como el ciego de Jericó: “Señor que vea” (Mc 10,46-48); reconocemos nuestros pecados desde una confesión: “Me sedujiste, Señor” (Jer 20,7); gustamos la experiencia de la gratuidad de la misericordia: “Os daré un corazón nuevo” (Ez 36,26-27); y concluimos con una confesión: “¡Tú eres el Hijo de Dios vivo!”. Esta mirada íntima requiere detener

el tiempo para saborear que la misericordia de Dios nos inunda y nos lleva en sus brazos a la casa del Padre, a la conversión a su amor.

La segunda mirada: “Mirar a Cristo: contemplación de los misterios de Cristo”, eleva nuestros ojos hacia Cristo, como una invitación amable a la contemplación de los misterios de nuestra salvación. Cuatro capítulos que brotan de la sabiduría de la Palabra: encarnación, nacimiento, vida pública y sermón de la montaña, culminando en el Misterio Pascual. La contemplación de “la resurrección de Jesucristo es una invitación a despertar a una vida nueva y distinta, despertar a otra manera de ver la vida (cf. Col 3,1-4) y, por consiguiente, a otra forma de interpretar todas las cosas que existen en la vida que Dios nos ha regalado a cada uno” (p. 167).

La tercera mirada: “Mirar a los hermanos desde Cristo: discípulo y apóstol”, expande la mirada hacia los hermanos, en siete capítulos. Partiendo del lamento del Buen Pastor: “andan como ovejas sin pastor”, nos ofrece un retrato de la espiritualidad sacerdotal: la imagen del Buen Pastor nos adentra en la caridad pastoral, eje de la espiritualidad sacerdotal; los consejos evangélicos, son presentados desde la centralidad de la pobreza, que alienta la obediencia y el celibato; la fraternidad sacerdotal es un deleite en la vida del presbiterio diocesano. Tres figuras son contempladas como modelo: el apóstol Pedro, invitado a la travesía pascual de pasar su vida desde las propias manos a las del Maestro; el apóstol Tomás, paradigma del hombre moderno, que necesita “ver para creer...”; y la Virgen María, “estrella de la evangelización y modelo de vida apostólica”; ella se nos ofrece como prototipo de peregrinación en la fe: “Su fe alcanzó su más alta expresión allá junto a la cruz. El Concilio habla del *fiat* pronunciado el día de la anunciación con estas significativas palabras: *Y lo mantuvo sin vacilación al pie de la cruz* (cf. LG 61). Al llegar este momento de la fe de María, lo más importante no es el conocimiento, sino la fe, lo más importante no era entender, sino entregarse” (p. 261-262).

Esta primera parte es, en suma, un abanico de meditaciones dirigidas a los sacerdotes, que reflexionan sobre las actitudes necesarias para impulsar un ministerio más vivo que aliente una renovación de la pastoral que, bajo el soplo del Espíritu Santo, responda a las demandas de la sociedad que camina en el tercer milenio. El espíritu misionero de Pablo se respira en el paso sereno de sus páginas. De él bebió el pensamiento y la vida ejemplar de san Juan de Ávila, cuyo espíritu y enseñanzas se vislumbran en multitud de referencias contenidas en este volumen. En el espíritu paulino, los “discípulos-apóstoles” de todos los tiempos son herederos de los primeros testigos del cenáculo y continúan la obra del Señor bajo la efusión de Pentecostés. La presencia discreta y la alusión explícita al Espíritu Santo es un hilo que cose la pluralidad de estas reflexiones.

La segunda parte: *Sugerencias para una espiritualidad de la nueva evangelización*, esboza líneas para configurar un retrato acabado de una espiritualidad apostólica que llene de Espíritu cualquier tarea pastoral. Si la primera

parte mira especialmente al sacerdote, la segunda, aunque mantiene la óptica sacerdotal, puede ampliarse a todo el pueblo de Dios, especialmente a los agentes de pastoral. Tres pláticas sintetizan una rica enseñanza. La primera: “Centralidad de la vida teologal”, ahonda en un capítulo sustancial de la Teología espiritual: la vida en fe, esperanza y caridad; la segunda: “Sacerdotes con Espíritu para la nueva evangelización”, dibuja un retrato modelo de un evangelizador con Espíritu, como es descrito y reclamado por el Obispo de Roma, en *Evangelii gaudium*; la tercera: “Claves de una espiritualidad apostólica para la nueva evangelización”, parte de una afirmación capital: “el conocimiento progresivo de Jesucristo va configurando al apóstol” (p. 311), describiendo a continuación las actitudes que reclama una verdadera espiritualidad apostólica. Es una meditación para colmar del Espíritu Santo cualquier programa pastoral.

Concluye esta segunda parte con unas consideraciones sobre el Salmo 130, como una invocación final: “Señor, mi corazón no es ambicioso ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad”. Esta súplica expresa el asombro del evangelizador ante la tarea encomendada, siempre compleja, desbordante y superior a las propias fuerzas. La labor del evangelizador es tan ingente que sobrepasa nuestro vigor y requiere el auxilio de la gracia divina; por este motivo ha de llevarse a cabo a golpe de plegaria y confianza. Una cita del papa Juan Pablo I, sacada de una carta escrita al Rey David y recopilada en su conocida obra “Ilustrísimos Señores”, lo recuerda, siendo el mejor comentario de mons. Ceballos a la sencillez de este Salmo, cuyo espíritu nos acompaña para volver de nuevo a la portada.

Todo libro tiene un título, quizás subtítulos y por lo regular un autor, que figura de forma preferente en la portada. Y ha podido extrañar comenzar hablando de un libro sin identificar al autor. Intencionadamente he querido proceder así para entrar en sintonía con el Prelado que lo ha escrito, ejemplo de humildad y modestia.

El editor del libro nos presenta al autor con un breve currículum: “D. Antonio Ceballos ha sido formador, rector del Seminario, director del Secretariado de la Comisión episcopal del Clero y, como obispo de Ciudad Rodrigo y después de Cádiz y Ceuta, miembro permanente de la misma. A su preocupación y atención, como director de dicho Secretariado, se debe una rica actividad de dicha Comisión del Clero que ha marcado las líneas de reflexión sobre el sacerdote y su espiritualidad en nuestro país y ha trazado pautas precisas para una mejor atención integral a los sacerdotes” (p. 5).

Cada libro explicita la identidad de su autor. Como señala el editor: “En la lectura de este florilegio podemos imaginar que suspendemos la vista para agudizar el oído y escuchar a un padre que exhorta a un hijo, a un hermano mayor en el sacerdocio que aconseja a un presbítero novel que se entrena en su ministerio. La relación de Pablo y Timoteo es una hermosa imagen de referencia. Conviene que la Iglesia, y cada uno de sus miembros, en especial los llamados

al ministerio sacerdotal, escuchemos de nuevo, como un *segundo aliento*, las palabras de Pablo a su discípulo y *querido hijo en la fe: reaviva el carisma de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos*” (2Tim 1,6)” (p. 10). En estas páginas, D. Antonio pone de relieve su preocupación viva por los sacerdotes, que ha desbordado la mera especulación doctrinal y se ha reflejado en una actividad paciente de acompañamiento a través de cientos de ejercicios espirituales, retiros, charlas, convivencias, contactos personales: los sacerdotes han estado siempre en el centro de sus afanes y desvelos pastorales.

Los que hemos conocido a D. Antonio, como profesor, como rector, los que hemos sido sus discípulos, llevamos grabado en nuestro interior el timbre de su voz y no olvidamos sus enseñanzas. Por ello, abrir estas páginas es traer de nuevo al calor del corazón el eco afectuoso y paternal de sus palabras y gestos. En cada página brilla su personalidad dedicada a un ideal: la formación y el acompañamiento de los sacerdotes. Y, desde luego, se percibe, sin doblez, que su trayectoria personal y eclesial se ha movido alejada de toda notoriedad y a instancias de ese Salmo 130, al que mons. Ceballos en esta obra dedica luminosas páginas: “Señor, mi corazón no es ambicioso ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad, sino que acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre”. Gracias D. Antonio, porque en este libro nos ha regalado la enjundia de su propia alma como brújula para nuestro ministerio.

Fernando Chica Arellano

CUDEIRO GONZÁLEZ, V., *Mística dominicana. Vivencia, doctrina e influencia*, (Biblioteca Dominicana), San Esteban, Salamanca 2019, 654 págs.

El autor ofrece en esta ingente obra, la cual supera las 600 páginas, un repaso e imagen de conjunto de la mística dominicana a través de los santos y grandes personajes que han ido surgiendo a lo largo de la historia de la Orden de Predicadores. Estudio que a nivel cronológico abarca desde su fundación hasta la actualidad. A nivel territorial desde Europa hasta América. Y a nivel de protagonistas desde frailes y monjas hasta terciarias regulares.

La mística dominicana se explicita y entiende como la realización vital de hombres y mujeres seguidores de Jesucristo en la escuela de santo Domingo de Guzmán. Como hombres y mujeres que vivieron e hicieron suya la frase expresada por santo Tomás de Aquino *contemplari et contemplata aliis tradere*. Afirmación que el autor ha sabido notoriamente entender más allá de una textual y primera traducción en “contemplar y dar lo contemplado”. Y es que fray V. Cudeiro la enfoca hacia la más conveniente en este caso de vivir en Cristo y desde esa vivencia, siempre dentro de las coordenadas facilitadas por la orden

dominicana, encarar, entender y actuar sobre la realidad. Gracias a ello los protagonistas que aparecen a lo largo de la lectura no son ni todos santos ni todos místicos, en el sentido tradicional del término, sino todos personajes que gozaron de una incuestionable vivencia de fe y tuvieron mucho que decir en el mundo que les tocó vivir.

A continuación enumeramos a estos hombres y mujeres, siguiendo el orden de aparición en el libro y explicitando el número de páginas que se les dedica: santo Domingo de Guzmán (p. 25-50), san Alberto Magno (p. 51-107), el Maestro Eckhart (p. 109-148), fray Juan Tauler (p. 149-197), fray Enrique Susón (p. 199-280), santo Tomás de Aquino (p. 281-326), santa Catalina de Siena (p. 327-404), santa Catalina de Ricci (p. 405-413), san Martín de Porres (p. 415-436), santa Rosa de Lima (p. 437-462), María de Jesús Tirado (p. 463-530), sor Bárbara de santo Domingo Domingo (pp. 531-593), y el venerable fray Juan G. Arintero (p. 595-654).

De esta enumeración se pueden evidenciar ya diversas características de la obra. En primer lugar, que nos encontramos ante doctores de la Iglesia, personajes canonizados, no canonizados e incluso en proceso de canonización. Ante teólogos y escritores de una extensísima producción, como sería especialmente el caso de san Alberto Magno y el del Aquinate, y de otros que no dejaron nada escrito como san Martín de Porres y el propio santo Domingo. Porque como deja claro el autor las obras de la mística no son sólo las obras del intelecto humano.

También que las épocas, periodos históricos y ámbitos geográficos que se van tratando son muy diversos. Al ser consciente ello el autor consideró fundamental dedicar siempre unas páginas a dichas cuestiones, ayudando al lector a situarse y pudiéndose así apreciar de una forma más clara su significatividad.

De igual manera la agrupación de personajes no se establece por estricto orden cronológico sino sobre todo por orden geográfico. La finalidad es evidenciar las afinidades entre ellos por corrientes de pensamiento, dibujándose las que podrían llamarse una mística centroeuropea y otra mística latina, la cual tendrá algunos de sus mejores frutos en la América colonial. Siguiendo con esta idea de corrientes y transmisión de pensamiento es interesante hacer notar como el autor afirma que la influencia de la mística dominicana fue esencial en otras órdenes religiosas, como tuvo una gran capacidad de irradiar fuera de la propia institución. Ello le llevará a asegurar que fue la mística carmelitana la que más influencia recibió de la dominicana, abriendo, a nuestro parecer, un tema de estudio muy interesante para monografías posteriores.

Por último, podemos agradecer que el autor haya sido generoso en sus citas textuales y notas a pie de página. Las primeras nos permiten acercarnos al pensamiento de estos personajes desde sus propias palabras, desde sus propias expresiones y desde sus propias imágenes literarias concretas. Las segundas siempre nos ofrecen una bibliografía actualizada sobre el tema, síntesis agrade-



cida para los que quisieran continuar con trabajos particulares sobre alguno de los personajes.

En definitiva, el libro que venimos presentando debe entenderse como una sugerencia, una iniciativa y una invitación. Una sugerencia al marcar una línea y método de trabajo para autores posteriores, recordando la siempre importante contextualización, la influencia de la escuela dominicana sobre otras órdenes y la necesidad de entenderse la mística en un sentido amplio. Una iniciativa o casi podríamos decir provocación al hacer efectivo un trabajo que, aunque quizás muchos se hayan planteado, pocos se han atrevido a llevar a cabo por lo ingente de la tarea. Y en última instancia una invitación a seguir por el camino abierto y trazado.

Mucho queda por investigar y escribir sobre los personajes aquí recogidos, pero también muchos otros merecen y deben ser incluidos entre ellos, es decir leídos desde su faceta de místicos. Ejemplo de ello, y ya que nos encontramos en una publicación valenciana, sería san Vicente Ferrer y san Luis Beltrán. Paradigmas respectivamente de predicador y observancia para la hagiografía dominicana. Predicador y observante que pudieron vivir su vida dentro de esas coordenadas gracias a una especial y fructífera relación con Dios. En definitiva, gracias a también haber hecho suya la frase programática de la obra presentada: *contemplari et contemplata aliis tradere*.

Dominik Jurczak, O.P.

## FILOSOFÍA

THIBON, G., *Seréis como dioses*, Ed. Didaskalos, Madrid 2020, 143 págs.

La editorial Didaskalos ha sacado recientemente a la luz la traducción del francés, realizada con esmero por Pablo Cervera Barranco, de una conmovedora obra escrita hace ya años, en concreto en 1959, por Gustave Thibon; una obra que, como ocurre con los clásicos, no ha hecho más que ganar en actualidad y acierto con el correr del tiempo. Sus postulados mantienen plena vigencia y no dejan de interpelar nuestros anhelos más recónditos, arrancándonos de este modo del sopor en el que no pocas veces sucumbimos por causa de la desidia que frecuentemente nos atenaza.

El volumen se ve enriquecido con un prólogo del periodista y escritor Juan Manuel de Prada, que con sus comentarios bosqueja algunas claves de lectura, deviniendo agudo acicate para abordar con deleite y provecho los argumentos desarrollados en la obra.

Gustave Thibon (1903-2001) es una figura descolante en la filosofía francesa del siglo pasado. Ávido lector, hombre de serios planteamientos y

convencidos propósitos, quedó incisivamente marcado por la experiencia de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Convertido posteriormente al catolicismo, volcó la originalidad de su pensamiento en atractivas reflexiones filosóficas, que empezó a publicar partir de 1960, en el marco de esa gran corriente literaria francesa marcada por autores como Léon Bloy, Gabriel Marcel o Jacques Maritain.

El propio autor confiesa haber escrito esta atinada pieza teatral, en realidad un erudito diálogo filosófico, para invitarnos a nadar contra la robusta corriente de los que idolatran el progreso de la ciencia y la técnica, postrándose miopeamente ante sus avances sin mayor miramiento, cuando estos solo son paliativos, peldaños intermedios, pero jamás pueden considerarse como la solución última y definitiva a los problemas del hombre, ni pueden otorgarle su auténtica consistencia, ni constituir el referente de la genuina vocación humana. Esta no consiste en una indefinida y tediosa prolongación de la vida terrena, sino en la inmerecida participación del hombre en la amistad divina, que nos colma de dicha, complacencia e indeclinable fruición.

Amparado en sus personajes, cada uno con nombres evocadores y cargados de significado, Thibon se dirige al lector de manera inteligente, para hacerle ver que su condición más real y fecunda es la de criatura. Cuando el hombre reputa que es el Creador, se equivoca, claudica nuevamente ante la primigenia seducción de Lucifer, experto en confundir al ser humano, incansable sembrador de falacias, vendedor de aparentes paraísos que, a la postre, terminan siendo abismos de tristeza y fango. En cambio, el autor de esta sugerente y clarificadora disquisición sobre la naturaleza humana y su benéfica sed de Dios, lo que persigue con su propuesta teatral es que el hombre no se aparte de la senda que lo plenifica, liberando así su fe de adherencias que la entorpecen y aminoran. De sus pretensiones el autor nos informa en el prefacio de esta singular obra de teatro titulada "Seréis como dioses". Nos dice: "Quiero ante todo prevenir un equívoco. Al escribir estas páginas, no me he propuesto un efecto escénico, ni la pintura de los caracteres, ni la verosimilitud en la literatura de anticipación. La ficción teatral sólo me sirve aquí de ilustración concreta para el desarrollo de una idea esencialmente metafísica y religiosa: la de las relaciones y las oposiciones entre la naturaleza y la gracia, el tiempo y la eternidad" (p. 19). Con esto queda claro desde el principio que estamos ante una creación literaria de naturaleza esencialmente filosófica, cuya intención básica es ilustrar a través de una interesante trama dramática una serie de ideas sobre el tiempo, la muerte y la verdad del más allá cristiano.

Thibon nos sitúa en una hipótesis extrema del futuro: imaginemos un mundo en el que se ha conseguido una prolongación eterna de la vida temporal. La ciencia ha logrado un paso que la sitúa casi al nivel de Dios: puede alargar la vida del hombre tanto como quiera. La tesis final, que se nos desvela en la trama del relato, es que incluso en ese escenario, incluso en ese mundo fantástico, el

hombre seguiría aspirando a más, no habría dado ningún paso hacia su verdadero destino, que es “de otro orden”, como decía Pascal, y al que es necesario acceder a través de un paso decisivo: la muerte.

En el fondo, el eje de esta obra de teatro (que tal es el género literario elegido por Thibon) gira en torno a este interrogante: ¿Es Dios una prolongación infinita de las posibilidades humanas o es el Origen inaccesible del que provenimos y al que vamos y que nunca podremos agotar? Con ello se plantea también la cuestión del destino humano. ¿Es nuestra meta simplemente una eterna vida temporal o es el abrazo de un Padre que supera todas nuestras expectativas y deseos? El corazón humano está inquieto de algo que le supera infinitamente. Pero no solo en sentido “cuantitativo” (que es en el que se mueve la ciencia), sino en sentido “cualitativo”. Ser verdaderamente hombre no significa solo perpetuarse en el tiempo, tener más tiempo a disposición. El autor muestra que lo fundamental, lo que llena de plenitud y felicidad, es ser hombre de un modo nuevo, en el marco de la divinización de todo nuestro ser.

Básicamente, los dos protagonistas de la obra son dos novios, Helios y Amanda, profundamente enamorados. Helios está convencido de la bondad de los avances que ha traído la ciencia: “Nosotros somos dioses” (p. 32). Amanda, por su parte, manifiesta desde el principio una duda: “Es cierto. Pero algo dentro de mí no se atreve a creer en ello” (p. 32). Amanda descubre que en la era en que toda cumbre parece haber sido alcanzada por la ciencia, ella busca “una punta inaccesible que hubiera que escalar” (p. 39).

Asistimos entonces a una especie de diálogo platónico o también, por usar otra comparación, a una suerte de recreación del libro de Job. En los sucesivos coloquios con los personajes que van apareciendo, Amanda, siempre preguntando, siempre deseando saber, va a llegar a una convicción. Una convicción que es refutada continuamente por quienes le rodean (por Helios, su amado, pero sobre todo por el doctor Weber, recreación del espíritu del mal). Amanda avanza como el justo Job hasta llegar a este profundo convencimiento de que hay un engaño en esa pretendida “vida eterna” que les ofrece la ciencia del doctor Weber. Esa vida eterna es un opio que impide el amor. Esa ciencia significa, así lo expresa el autor, el triunfo del poder sobre el amor. Helios no comprende la rebelión de Amanda contra esa oferta de una infinita vida temporal (p. 79). Amanda, por su parte, busca “el Principio del universo” (p. 109), por eso tiene la radicalidad de plantearse la gran pregunta: “¿Para qué quiero una inmortalidad que me separa de todo lo que amo?” (p. 111). ¿Para qué querríamos una simple inmortalidad, como prolongación infinita de nuestros días, pero encerrados en nuestros muros, en nuestra individualidad, incapaces de aceptar el dolor y el paso al más allá inscrito en la experiencia del amor?

La figura del doctor Weber, el inventor de la “vida eternizada” en la tierra, el científico que pretende ocupar el lugar de Dios, no carece de actualidad. Thibon la ha representado magníficamente, con elocuencia inusitada, para poner

de relieve que el hombre puede quedar fascinado por los logros científicos. Pero si vamos a la raíz de los avances de la ciencia y la técnica, nos daremos cuenta de que, en realidad, ninguno satisface últimamente nuestro corazón, nos convenceremos de que nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Dios, como dice san Agustín.

En definitiva, se trata de un texto literario con un fondo filosófico muy sustancioso, al que podemos acceder en lengua castellana gracias al impagable servicio de la editorial *Didaskalos*. Hay que considerar esto como un privilegio en el entramado de una sociedad que asiduamente apuesta por la superficialidad, por abanderar axiomas anodinos y efímeros. Sin duda alguna, la decisión que ha conducido al editor a recobrar obras de calado clásico constituye un ejercicio de cordura y un cauce maravilloso para recuperar cimas de la literatura filosófica católica.

La lectura de estas páginas no será baldía. Por el contrario, hará mucho bien a las almas que tienen clavados sus ojos en Cristo, nuestro Redentor. Será de gran provecho espiritual para cuantos no se contentan con vivir su fe en clave de mediocridad. Este es el modo para no convertir el evangelio en un simple edulcorante, en un sucedáneo para tiempos de ofertas baratas.

“Seréis como dioses”. No es simplemente la artera aseveración que Satanás, príncipe y padre de la mentira, trasladó a Adán, en los albores de la historia (cf. Gén 3,5). La sigue dirigiendo hoy también a todo hombre, a cada uno de nosotros, confiando en su argucia para hacernos tropezar, como la vez primera, para obstaculizar nuestra relación con Dios, la única sanante y regeneradora, y así transformar nuestra existencia en hontanar de innumerables desgracias. Seguir los razonamientos de Amanda de la mano de Thibon, en cambio, aporta nimbada luz a quienes hacen del amor y la fidelidad al Señor su más conspicuo emblema.

Para el discípulo de Cristo, la muerte no es aguijón venenoso, sino puerta hacia el más satisfactorio de los encuentros. No es el miedo a la muerte el que termina obligando al hombre a acercarse a Dios, sino que es la llamada de Dios la que le brinda la genuina comprensión de la muerte. Quien ha puesto a Dios como el núcleo de su vida y no soporta darle solo las migajas de su ser y quehacer, no ve el mortal ocaso, el declive natural de la vida, como un desgarrar, sino como un horizonte que lo transporta a la sublime eternidad. De esta manera, esta pieza teatral se puede calificar de exquisito y sabroso alimento espiritual para cuantos vivimos tiempos recios e intrincados. No podemos más que mostrar gratitud y reconocimiento a cuantos han contribuido para que las consideraciones de Thibon estén a nuestro alcance y beneficien nuestra vida cristiana robusteciéndola y haciéndola transitar por senderos de plenitud y verdad.

Fernando Chica Arellano

## DOCTRINA SOCIAL

WINTER, J.P., *El futuro del padre. ¿Reinventar su lugar?*, Editorial Didaskalos, Madrid 2020, 192 págs.

De origen hebreo, Jean Pierre Winter nació en París en 1951. Es un profesor de vastísima cultura y audaz perspicacia. Estudió filosofía en la Universidad parisina de La Sorbona, completando luego su formación en vertientes de derecho y economía. Se diplomó, además, en psicología clínica en la línea de Jacques Lacan y de la Escuela freudiana de París. Sus publicaciones son de reconocido prestigio en este campo, avaladas por toda una vida de experiencia clínica a sus espaldas.

En este volumen, del todo singular, escrito sobre todo a partir de casos reales en su consulta y del comentario de algunos relatos conocidos, se aventura a la búsqueda de una figura arrinconada en nuestra sociedad, la del “padre”. En nuestra coyuntura occidental, la posición paterna en el seno familiar ha cambiado radicalmente en los últimos decenios. Su papel y autoridad han experimentado un giro copernicano. Las familias monoparentales se han multiplicado. En la actualidad, para traer el mundo a una criatura, una mujer tiene caminos diferentes a los que habitualmente se transitaban hasta hace unos lustros. El resultado de todas estas transformaciones sobre la vida de los hijos, sobre su educación y personalidad es algo que todavía está por descubrir en su totalidad. ¿Cuál será el desenlace de estos cambios tan significativos en las nuevas generaciones, en el destino y vertebración de la sociedad? Winter se ha planteado con hondura todas estas cuestiones, las ha analizado con detenimiento en un panorama donde los contornos del padre están adquiriendo horizontes inesperados. Es sustancial reflexionar sobre estos argumentos escapando de la superficialidad y ofuscación que a menudo signan nuestros días.

El libro comienza con un prefacio del Profesor José Noriega, reputado especialista en matrimonio y familia. Son páginas luminosas e importantes para comprender y enmarcar adecuadamente esta densa publicación. ¿Por qué una editorial como Didaskalos publica el texto de un psicoanalista lacaniano? La respuesta la da Noriega: el libro de Winter es una verdadera provocación. Enuncia una pregunta decisiva, la cuestión del padre, y suministra los trazos de una respuesta con gran belleza y originalidad, desde una atalaya alejada, en principio, de la fe cristiana; y, sin embargo, afín en el modo de entrever la radicalidad de esta cuestión y de desvelar el engaño ideológico que nos ciega hodiernamente en muchos casos.

Esta monografía se estructura en tres partes. La primera (“Figuras del padre”: p. 33-103) se compone de cuatro capítulos y se desarrolla primordialmente en torno a casos clínicos y a una interpretación de la película “La vida es bella”. Winter trata en estos capítulos de explicar el sentido simbólico de la

figura del padre a partir de algunos ejemplos e imágenes. La segunda parte (“La eliminación del padre”: p. 103-145) introduce el tema de la diferencia sexual y la genealogía. Se trata de un argumento controvertido, de enorme actualidad, que el autor formula con valentía, reconociendo que “la diferencia sexual tiene una base real” (p. 114) y que no reconocer esto es anular el sentido simbólico de la figura paterna. Por último, la tercera parte (“Sin padre”: p. 145-175) aborda algunas cuestiones de gran calado y gira en torno al tema de la legalización de las familias sin padre.

En su obra, Winter ha entrevisto la tragedia de una sociedad que ha matado al padre (según la interpretación freudiana del mito de Edipo), pero que se encuentra ahora perpleja, sin saber a qué atenerse. La ausencia de padre se desvela sumamente aterradora. Que la presencia *simbólica* del padre, como reclamo de la grandeza de un origen, se evapore, deja al hombre desorientado y a la sociedad perdida. De aquí la pregunta: ¿hemos de reinventar su lugar?

La sociedad sin padre se convierte, tomando de nuevo una imagen de Freud, en una horda, en una manada, que funciona bajo el reclamo del más fuerte, que marcha aturrida entre un origen sin contenido y un futuro sin esperanza. Winter vislumbra por ello la necesidad de reconstruir culturalmente la imagen del padre, su valor simbólico, su rol insustituible. Para ello establece una distinción que es vital en el desarrollo del libro. No es lo mismo la ausencia del padre que el padre ausente. El escollo surge cuando la ausencia se hace sustantiva; el problema actual ya no es simplemente que el padre tenga mucho que trabajar y llegue tarde (lo cual ha ocurrido siempre), sino que el lugar del padre ha quedado vacío, que su presencia se ha visto dismantelada, oscurecida, banalizada.

Winter nos ayuda a comprender que la ausencia del padre tiene corolarios perniciosos a muy largo plazo. Para entender la secuela que tiene esta ausencia en la psicología y el comportamiento de una persona, no basta con medir sus consecuencias en la niñez, la adolescencia o la juventud. Los efectos son aterradores y se miden en el curso de los años. El impresionante ejemplo de Sibylle Lacan, que nos relata el autor en el epílogo, es aleccionador. Sibylle Lacan se suicida con 73 años, en 2013, y deja un libro, publicado en 1994 y titulado *Un padre*. La lectura de este libro, según Winter, da fe de lo que significa la ausencia del padre y del efecto aciago y catastrófico que tuvo en la vida de Sibylle, hasta conducirla al suicidio. El padre no es solo crucial en los momentos iniciales de la vida. Es una presencia simbólica que acompaña todo el arco de la vida humana. En el caso de Sibylle, esta ausencia la condujo al suicidio en una etapa de su vida en que parecería que esa ausencia habría podido quedar ya superada y sepultada.

En definitiva, el volumen es una llamada a la responsabilidad, a nadar contracorriente, a encarar la vida desde perspectivas clarividentes. Las propuestas y observaciones de Winter no dejan indiferentes. Por el contrario, sus consideraciones invitan a una intensa y lúcida reflexión, a no dejarse arrastrar por

lugares comunes, por tópicos manidos o sugerencias engañosas. Por este motivo, se trata de una publicación altamente recomendable sobre una problemática de enorme actualidad y cuya lectura no defraudará a quien se adentre sin prejuicios en sus páginas. Puede ser muy benéfica para educadores, agentes de pastoral y familias que aspiren a vivir su real vocación con solicitud, sensatez y esmero.

Fernando Chica Arellano

## HISTORIA

CAÑEQUE, A., *Un imperio de mártires. Religión y poder en las fronteras de la Monarquía Hispánica*, Marcial Pons Historia, Madrid 2020, 475 págs.

El profesor estadounidense Alejandro Cañeque, Departamento de Historia de la Universidad de Maryland es el autor de un extenso y documentado estudio acerca de la figura del mártir y del martirio en la Iglesia católica, primero en general y, después, centrado en la modernidad.

Efectivamente, con este volumen pretende dar a conocer al gran público que han existido los mártires y que ha habido martirios en todas las épocas de la historia y, por supuesto, los habrá, lógicamente, hasta el final de los tiempos, pues ya Jesucristo nos lo había anunciado repetidamente: “como me han perseguido a mí, os perseguirán también a vosotros” (Io 15,18).

La otra peculiaridad del trabajo que tenemos entre manos es la frialdad del tratamiento que hace el autor de los datos, la poca empatía y agradecimiento conmovido por los frutos de santidad y de ejemplo heroico de la fe que, sin embargo, producirá seguramente el espíritu de los lectores de este trabajo.

La Iglesia es divina y Dios la conduce sana y salva, a pesar del oleaje de la persecución externa e interna, pues es de origen divino, con modos y sacramentos divinos, pero compuesta de hombres. Dios quiso desde el principio conservar la memoria de los mártires, no hay interés propagandístico como sugiere este autor (23, 30).

Así pues, en el extenso volumen que presentamos ahora, se recogen expresamente con abundancia de datos y de documentación, la figura de los mártires y del martirio en la Iglesia católica durante los siglos XVI y XVII, es decir en el comienzo de la modernidad.

La peculiaridad abundantemente subrayada por el autor es que esos hechos tuvieron lugar en las periferias de la Iglesia Católica, cuando le faltaba poco para considerar que “había predicado a todas las gentes y se “había implantado en todas las culturas y civilizaciones, es decir que estaba ya asentada y definitivamente culminada la etapa de la expansión de la fe.

Por los ojos del lector pasarán los mártires del Japón, de la Patagonia, del Canadá, de la India, de la China, así como, en el otro extremo, la persecución religiosa de la Iglesia anglicana bajo el cetro de Isabel I, para procurar el exterminio del culto católico al identificar cristianismo y estado en el anglicanismo.

Evidentemente nos conmoverá la fidelidad de la prueba, por ejemplo, el Shogun al condenar a muerte a los cristianos, lo hacía motivado por una gran desconfianza y animadversión inducida por unos extranjeros (protestantes calvinistas holandeses) hacia unos misioneros jesuitas que habían traído una fe de fuera que podría ser conmovedora y que estaba haciendo felices a millones de japoneses y desarrollando la caridad cristiana como jamás se había visto allí, pero que podrían convertirse en agentes del poder occidental y, por tanto, podrían traer al poder extranjero (figura 13, p. 240).

José Carlos Martín de la Hoz

LABOA, J.M<sup>a</sup>., *Integrismo e intolerancia en la Iglesia*, PPC, Madrid 2019, 301 págs.

El profesor de Historia de la Iglesia, catedrático durante muchos años de historia contemporánea de la Iglesia en la Universidad de Comillas, editor y escritor, Juan María Laboa, ha redactado un largo e interesante exordio, a modo de testamento, acerca de los males y peligros que conlleva la interpretación integrista, fundamentalista e intolerante de los acontecimientos diarios de la Iglesia y, especialmente, de la española en los siglos XIX y XX.

Ya en las primeras líneas de este interesante estudio el profesor Laboa marcaba los objetivos del ensayo: “He pretendido presentar históricamente cómo se ha vivido en la vida eclesial el pluralismo sin dañar la comunión, poniendo el acento en la importancia que en esta historia han tenido la intolerancia y la mentalidad integrista. En este planteamiento dedico especial espacio y atención al integrismo clásico español, que tan importante ha resultado en la segunda parte del XIX, en los primeros decenios del XX, en el franquismo y en estos últimos años” (10). Hay que decir que el tono moderado de los objetivos se agriará muy pronto al quedar sobrepasado por la gravedad de la temática abordada.

La visión que muestra el autor a lo largo de su trabajo es contundente, visceral y repetitiva, de modo que el lector, verdaderamente, no queda convencido, sino abrumado y completamente aturdido. El libro está escrito con prisa, mediante argumentos sencillos sin aportar documentación novedosa sino interpretación contundente. Por ejemplo al hablar de la Asamblea Conjunta de sacerdotes y obispos de 1971 en España, se lamenta de las interpretaciones que hicieron de los hechos algunos sectores más integristas del clero español, sin reconocer que también algunos historiadores propusieron interpretaciones falsas



de los hechos acaecidos en la publicación del “Documento romano”, que nunca han podido probar, ni han rectificado.

Al libro le falta orden expositivo, adolece de comprensión del fenómeno y de los motivos por los que los obispos y el magisterio ordinario actuaron con prudencia ante las manifestaciones de novedades en materia doctrinal o social, lo que no puede ser calificado de integrismo y fundamentalismo, sino sencillamente, de sentido común. Sobre todo, cuando lo que está en juego es la fe del pueblo sencillo, al que no se puede escandalizar. Es evidente, que la falta de interés por hacerse cargo de la cuestión o la negativa a seguir inculturizando la fe en el transcurso del tiempo, podría ser integrismo o también pereza mental.

Hay muchas e interesantes lecciones en este libro y sería un error no aprovecharlas como merecen debido a las formas empleadas por el profesor Laboa. En primer lugar, porque los ataques al integrismo son tan radicales y tan sin matices, que instintivamente pocos se van a dar por aludidos y, por tanto, todos tenderán a acusar a otros. En segundo lugar, porque los ataques son tan repetitivos que más que llevar a examinar la propia conducta y a rectificar, el lector se sentirá injustamente agredido. En ese sentido se agradece mucho que el profesor Laboa haya tenido el buen gusto de evitar dar nombres de personas y de instituciones, entre otras cosas, porque las personas rectifican y las Instituciones aprenden de sus errores.

En realidad, el libro plantea un problema teológico de un gran interés que es la cuestión de los límites entre la prudencia y la confianza ante las innovaciones, ideas nuevas, retos pastorales e intelectuales que la sociedad plantea al magisterio de la Iglesia a la hora de proponer el mensaje perenne de la Iglesia a las culturas y civilizaciones cambiantes.

Como afirmaba Ortega y Gasset la Iglesia tiene dentro de sí una bomba de relojería que es el amor a la Verdad, de hecho, como muestra Laboa cada vez que la Iglesia ha errado en algún juicio sobre alguna persona o corriente de pensamiento ha debido rectificar. Así lo hizo solemnemente san Juan Pablo II el 12 de marzo de 2000 cuando pidió perdón por todos los pecados de todos los cristianos de todos los tiempos y, especialmente, por el uso de la violencia para defender la fe.

José Carlos Martín de la Hoz

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, S. (coord.), *Cronología de José María Escrivá de Balaguer (Madrid 1927-1936)*, Rialp, Madrid 2020, 738 págs.

La historia del Opus Dei (Madrid, 1928) coincide en parte importante de la cronología de la vida de su Fundador, san Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975) y, por tanto, el documentado trabajo que ahora presentamos es como la base firme y sólida sobre la que pueden asentarse el resto de los estudios

parciales o generales, ensayos, interpretaciones etc., que puedan hacerse en el futuro y revisar los ya elaborados para ulteriores ediciones.

En cierto modo, según las modernas técnicas historiográficas, una cronología se parecería la columna vertebral del cuerpo humano, pues sin ubicar los hechos históricos en la historia general, es imposible establecer coordenadas espacio temporales, para realizar las interpretaciones cercanas a la realidad de los hechos.

Santiago Martínez Sánchez, Director del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer, de la Universidad de Navarra, ha dirigido y coordinado a un completo grupo de diversos historiadores procedentes de la historia general o bien de la propia historia del Opus Dei o, finalmente, expertos en tratamientos informáticos de los textos y documentos, cuyos nombres y *curriculum* están aportados en las primeras páginas del libro.

De ese modo, sobria y científicamente, se nos ofrece una documentación inestimable para todo el que desee acercarse a estudiar la historia del Opus Dei con rigor y seriedad o al menos para poder establecer relaciones y cruces con ella. El libro ha sido magníficamente editado por el Instituto Histórico Josemaría Escrivá de Balaguer de Roma y ediciones Rialp.

En este primer volumen el lector puede acercarse a la vida diaria de José María Escrivá de Balaguer sacerdote de la diócesis de Zaragoza que había llegado a Madrid para realizar el doctorado en Derecho en la Universidad Central, la única entonces en España acreditada para conceder el título de doctor en Derecho.

El 2 de octubre de 1928, en Madrid, mientras realizaba san Josemaría unos ejercicios espirituales en la casa de los PP. Paules en la calle García de Paredes de la capital, junto al Santuario de la Milagrosa, tuvo una inspiración divina y vio el Opus Dei, tal y como solía expresarlo el Fundador. Así, comenzó, con la gracia de Dios, la primera etapa que narra este libro: la etapa de la Fundación desde el 2 de octubre de 1928 hasta el comienzo de la guerra civil española, el 18 de julio de 1936.

Lógicamente, estamos ante un volumen de consulta que será continuado, poco a poco, con otros sucesivos volúmenes, hasta el 26 de junio de 1975, fecha en que el Fundador del Opus Dei falleció en Roma y se procedió a dar comienzo, desde entonces, a la etapa de la continuidad con el beato Álvaro del Portillo (1914-1994) al frente del Opus Dei, mediante su elección en el Primer Congreso Electivo del Opus Dei del 15 de septiembre de ese año.

José Carlos Martín de la Hoz

